

## *Ser cultos para ser libres*

Aquel fue un año en el que empezaron muchas cosas que habían empezado mucho antes. También acabaron otras. Porque nada llega o se debilita de repente y tanto lo que surge como lo que se desvanece no lo hace en el aire.

Veníamos de la *longa noite de pedra*, escapando de la España una e imperial. Casi saliendo de Bécquer y Baroja habíamos alcanzado a Sartre, Camus y Machado. Luego vinieron Jaime Gil de Biedma, Ángel González y de pronto el apresurado adiós a la novela social, hola a los novísimos y el boom latinoamericano de autores, libros y editoriales: Sudamericana, Cortázar, Vargas Losa, Ediciones Joaquín Mortiz, Losada, Siglo XXI, Borges, Rulfo, García Márquez, Ediciones de la Flor. La bronca Benet versus Montero, adiós a Galdós y viva Arrabal y el Marat-Sade. La acumulación primitiva de literaturas y placeres: *Crítica del gusto* de Della Volpe, *Pour lire Le Capital*, *El Erotismo* de Bataille. De la compra clandestina de obras prohibidas a una cultura editorial o censurada o vigilada: Zyx, Ciencia Nueva, Siglo XXI, Ariel, Cuadernos para el Diálogo, Seix Barral. Por aquel entonces, cuando la acumulación de capital simbólico era también acumulación de capital político. La lectura como desclasamiento, intercambio y combate: *Últimas tardes con Teresa*, *Reivindicación del conde don Julián*, *El gran momento de Mary Tribune*, los libros de poesía de Visor o El Bardo. Cuando leer a Rilke era un gesto rebelde, leer a Bertold Brecht un acto de alegría, leer a Gramsci entrar en una cartografía intelectual. Y los correspondientes aparatos de alta agitación cultural y propaganda: *Triunfo*, *Camp de l'Arpa*, *Por favor*, *Hermano lobo*. El Suplemento de las Artes y las Letras del diario *Informaciones*, siempre dispuesto para hacernos comprender que la única revolución posible es la revolución literaria. Evidentemente no faltaban sombras, ni cierres, ni cárcel, ni dudas, ni muertes, pero todo era como si todo estuviera a punto de llegar. El asalto a la cultura y las palabras.

*Évame si tú me amas me transito.* Carlos Oroza

Y de pronto al general solo la muerte le arrebató el poder –y ese hecho aún hoy nos

constituye– y la historia sale a nuestro encuentro. Los herederos del franquismo, con Juan Carlos al frente, se disponen a ganar la posguerra civil que nunca acaba, y con la venia de USA, Alemania y el eurocomunismo de Carrillo –¡Oh tú, Santiago, el pequeño Gran Timonel!– se inicia la normalización del país: un rey, un mercado, café para todos, un nuevo periódico referencial y una cultura encantada de sentirse guapa y europea. Vemos, perplejos pero no demasiado, como aquel capital político, simbólico y común se vende por un plato –suculento– de lentejas: Jorge Semprún, Premio Planeta 1977; Juan Marsé, Premio Planeta 1978; Manuel Vázquez Montalbán, Premio Planeta 1979; Juan Benet, finalista Premio Planeta 1980. El dinero como libertad. La barca de la revolución que se estrella contra la rutina cotidiana y la literatura como ese buen lugar donde pasar algún tiempo. Si el recambio generacional parecía en un primer momento –*La verdad sobre el caso Savolta* de Mendoza, *Retrato del fascista adolescente* de Antonio-Prometeo Moya– mantener cierto compromiso civil, pronto se descubre que un nuevo pacto cultural y literario –la cultura como entretenimiento: *Bélver Yin*, de Jesús Ferrero; *El invierno en Lisboa*, de Muñoz Molina; *Todos mienten*, de Soledad Puértolas– se acomoda a las nuevas circunstancias. El Mercado, de entrada no. De la cultura como resistencia al escepticismo dogmático: se acabó la lucha de clases. El mercado es la vanguardia y la Movida madrileña es su profeta. Barcelona y el hundimiento del Titanic aunque Anagrama y Tusquets se reconvierten con éxito en editoriales de ficción. Alfaguara y los trescientos mil nuevos novelistas que la crítica literaria apenas reticente saluda con orgullo. La narrativa al servicio del cliente. *Tigres de papel*, *La conjura de los necios*, *Juegos de la edad tardía*, *Corazón tan blanco*, *La ley del deseo*. La cultura de la desigualdad como garantía de los nuevos derechos individuales. *¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?*, preguntaba Burning, y Solchaga contesta: enriquecerse. Tantos años de cultura y desclasamiento para descubrir que debajo de los adoquines solo estaban los dineros.

Constantino Bértolo